

Globethics Repository



Jaime Paz Zamora

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Campero, Ana M.
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-16 05:54:03
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220531

Jaime Paz Zamora. El pragmático que venció al idealista

Campero, Ana M.

Ana María Campero: Periodista boliviana. Directora del matutino Presencia, La Paz. Ex-ministra de Informaciones durante el gobierno constitucional interino de Walter Guevara (1979).

Al igual que otros líderes de su generación, Jaime Paz Zamora pasó la mayor parte de su carrera política en el exilio o la clandestinidad. No le fue fácil actuar en un escenario dominado por los llamados líderes históricos del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) - Paz Estenssoro, Lechín, Siles Zuazo y Guevara -, entrecruzado por dos décadas de regímenes militares y que tuvo como remate el derrumbe de las ideologías que habían servido de base para construir su discurso. No obstante, haciendo gala de la misma facilidad de movimiento que adquirió cuando jugaba como mediocampista en un equipo de fútbol belga de segunda división, el actual Presidente de Bolivia analizó cuidadosamente cada una de sus posibilidades de gol y avanzó hasta el arco esquivando las presiones de sus compañeros de partido y los fogosos ideales de su juventud

Es así que, con el mismo entusiasmo con que en la década del 60 se dejó convencer por el maoísmo, impulsó el viraje de su partido - el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR) -, hacia una alianza con el MNR, abandonó la nave de la Unidad Democrática y Popular antes de que ésta se hundiera y no dudó en pactar con su peor adversario, el general Hugo Banzer Suárez, hasta alcanzar la Presidencia.

Ese instinto pragmático que la izquierda no le perdona hasta hoy, aparece como una constante en su carrera política que se inició a mediados de la década del 60 cuando un viejo sacerdote italiano le aconsejó dejar la vida religiosa.

Era el tiempo en que muchos jóvenes universitarios e intelectuales decidieron apostar abiertamente por la lucha armada decepcionados por el giro desarrollista

que tomó el nuevo Estado surgido en 1952, unido a la comprobación de que el MNR había archivado su esencia revolucionaria y que el general René Barrientos, quien derrocara a Víctor Paz Estenssoro, se disponía a profundizar esa tendencia.

Esa corriente no era ajena a lo que ocurría en el resto de América Latina. En franco desafío al statu quo, guerrilleros y sus simpatizantes paseaban sus ideas revolucionarias por La Paz, Buenos Aires, Lima y Santiago, alimentando un clima proclive al foquismo. Entre canciones de protesta y tertulias semiclandestinas circulaban verdaderas legiones internacionales similares a las que se congregaron en la España de la República. Tenían en común una mezcla de arrojo y desprecio por la vida: la propia y la ajena.

El Che Guevara era el vértice de este proceso «anti-imperialista» que había echado a andar con el apoyo cubano. Se pensó que con su presencia la guerra de guerrillas sería imparable. Y todo parecía estar dispuesto para ello, al menos en Bolivia.

La «lectura» de la situación que hacía la izquierda boliviana no admitía matices. Si bien Barrientos era un gobernante militar, se había dado modos para ser elegido democráticamente. Pese a estar aliado con sectores de derecha, era un personaje que se declaraba fiel a las banderas del 9 de abril de 1952 y que tenía un gran arraigo en el campesinado. Sin embargo, la izquierda veía sólo su caricatura, quizás porque era más fácil construir la antítesis a partir del enfrentamiento con un «gorila» que profundizar el análisis de la realidad y aceptar que este general de aviación tenía las condiciones de un líder populista.

Pero si la oposición simplificaba la realidad también lo hacía Barrientos. Para él y sus seguidores todo lo que tenía olor a marxismo o sindicatos era subversivo. Abiertamente apoyado en los norteamericanos, barrió con todo el espectro opositor que iba desde el entonces centro-derechista MNR hasta la izquierda, aunque curiosamente mantuvo su alianza con el Partido de la Izquierda Revolucionaria o el PRA de Guevara Arze, cuyos máximos dirigentes habían nacido como él en Cochabamba.

La situación se modificó a su muerte y muchos jóvenes que practicaban el anti-militarismo aprovecharon el breve interregno civil de Luis Adolfo Siles Salinas, en 1969, para hacer sus primeras armas en el gobierno. Entre estos figuraba un bisoño funcionario de la cancillería que muy pronto dejó los algodones de la carrera diplomática por un puesto en la División de Extensión Cultural de la Universidad Mayor de San Andrés que le permitía codearse con los estudiantes bolivianos y llenar

las añoranzas que le habían dejado sus varios años de estudio en Bélgica. Se llamaba Jaime Paz Zamora. Había nacido el 15 de abril de 1939 y era hijo de un general del ejército.

Luego de obtener una Licenciatura en Ciencias Políticas de la Universidad de Lovaina había decidido que trabajaría arduamente para hacer posible una segunda revolución en su Patria.

A poco de salir bachiller ingresó en el seminario de los Redentoristas en Córdoba, Argentina, con el firme propósito de hacerse sacerdote. Un día escribió al cardenal primado de Bolivia, monseñor Clemente Maurer, muy amigo de sus padres, confiándole que pensaba convertirse en un «cura obrero» y diciéndole que deseaba venir a su Patria para trabajar con los pobres. El cardenal se alarmó y envió la carta a los superiores que le llamaron la atención.

Luego de ordenarse como diácono fue enviado a la localidad de Sacaba, en Cochabamba, donde se le encomendó la pastoral juvenil. Allí conoció a un sacerdote, que impresionado por su convocatoria con los jóvenes y su inocultable atracción por las mujeres le dio el empujón que le faltaba para dejar la vida religiosa.

Se consiguió una beca en la Universidad de Lovaina, Bélgica, donde encontró a un grupo selecto de bachilleres bolivianos mimados por la corona belga y que, en su mayor parte, acariciaban ideas socialistas.

Europa estaba entonces bajo el impacto de la figura de Mao y no faltaban ideólogos que al analizar la situación latinoamericana pensaban que podía repetirse la hazaña china.

El entusiasmo iba más allá. Algunos estudiantes lograron la ayuda de un catedrático para realizar ejercicios de entrenamiento guerrillero. Para algunos esas sesiones eran cosa de boy-scouts. Uno de ellos era Jaime Paz Zamora, que ayudado por su tío Oscar Zamora Medinacelli (actual ministro del Trabajo en su gabinete), por entonces el máximo dirigente del Partido Comunista Marxista Leninista, el cual sustentaba la línea china, fue a parar durante seis meses a Albania donde junto a otros cinco bolivianos recibió un verdadero entrenamiento militar.

De la teoría a la práctica

Mientras Jaime Paz se preparaba científicamente para la revolución en Europa, el menor de sus hermanos, Néstor, que cursaba sus estudios en Bolivia, se unía a un grupo de dirigentes universitarios de todo el país que luego marcharían a la selva durante el gobierno reformista del general Alfredo Ovando Candia, que se instaló a fines de 1969 a menos de un año de la muerte de Barrientos.

Congregados en el Ejército de Liberación Nacional (ELN) luego del fracaso y muerte del comandante Ernesto «Che» Guevara, estos jóvenes analizaron lo ocurrido en Nancahuazú y llegaron a la conclusión de que al guerrillero cubano-argentino le había hecho falta una verdadera vanguardia nacional. Altamente críticos del Partido Comunista y de los partidos de izquierda en general, a los que acusaban de no haber respaldado esas acciones, comenzaron a preparar cuadros esperando el momento preciso para salir al monte.

La muerte del Che había dejado hondas huellas en la juventud y también en las Fuerzas Armadas, como se empezaría a poner en evidencia.

El régimen de Barrientos calificado como «fascista e intérprete de instrumento de la política del Pentágono» concluyó abruptamente con la muerte del general en un accidente de aviación el 19 de abril de 1969. Le sucedió su vicepresidente, el abogado Luis Adolfo Siles Salinas que fue derrocado a los cinco meses por el general Alfredo Ovando Candia.

Contra todo lo que podía esperarse, pues Ovando había sido el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas durante la guerrilla del Che, el flamante régimen militar adquirió un tono progresista con la participación de políticos que habían hecho oposición al régimen de Barrientos y que esgrimían las banderas del nacionalismo económico.

Entre las primeras medidas que dictó el gobierno de Ovando y que concitaron el entusiasmo de la izquierda, figuraban la derogatoria de los códigos del Petróleo y Minería y la nacionalización de la compañía norteamericana Bolivian Gulf Oil Co. así como la reposición de las libertades sindicales que fueran canceladas por Barrientos.

Al aflojarse las compuertas de esa represa que estuvo sujeta por tanto tiempo, se dieron las condiciones para que actuaran políticos como Zamora Medinacelli, que

propugnaban abiertamente la insurrección del proletariado y alentaban la toma de estancias en el oriente boliviano a través de la denominada Unión de Campesinos Pobres (UCAPO).

El desplazamiento de miles de campesinos en pos de tierras contrastaba con la tesis foquista y establecía la diferencia táctica en el enfoque revolucionario de los dos hermanos Paz Zamora.

El clima no podía ser más propicio para intentos de esa naturaleza. En medio de esa inesperada apertura para la izquierda, el XVI congreso de la Federación de Mineros de Bolivia, reunido a principios de 1970, aprobó la Tesis de Siglo Veinte que postulaba la revolución proletaria violenta como la única vía para alcanzar el socialismo pleno. Calificaba al gobierno de Ovando de pequeño burgués y auguraba su fracaso.

Ese sentimiento encontró un singular eco en las universidades. La euforia de la llamada «izquierda infantil» llegó a extremos como la toma de un motel en la ciudad de La Paz o la incursión de grupos universitarios en el recinto de la Cámara Nacional de Comercio donde se pintaron consignas revolucionarias en las narices de los azorados empresarios que celebraban una sesión de directorio.

Ya en mayo del 70 la policía allanó la Universidad Mayor de San Andrés y reveló que había encontrado material pro-guerrillero. Poco después empezaron los enfrentamientos entre los estudiantes y el gobierno. En julio la prensa daba cuenta de un brote guerrillero en la región de Teoponte, región semitropical ubicada en la ladera andina al norte de La Paz.

El grupo estaba conformado por 74 miembros de las cúpulas estudiantiles de varias universidades del país que llegaron a esa zona haciéndose pasar por miembros de una brigada alfabetizadora que apoyaba la campaña lanzada por el Ministerio de Educación.

La impaciencia gana espacio

La radicalización de la juventud desconcertó a Ovando que hacía uso de un discurso moderadamente progresista pero se veía seriamente limitado - o pretendía estarlo para frenar el avance de la izquierda - por las corrientes conservadoras que dominaban las Fuerzas Armadas.

Para congraciarse con ellos ordenó una represión implacable a los guerrilleros. Una mayoría fue sometida a la llamada «ley de fuga» bajo la que se justificó el fusilamiento de los insurrectos y la desaparición de sus cuerpos. Pocos, muy pocos lograron salvarse, entre ellos Osvaldo «Chato» Peredo.

En la guerrilla se trató de imponer orden con métodos igualmente brutales. Peredo ordenó el fusilamiento de un combatiente por haber robado una lata de sardinas. Néstor Paz Zamora, el guerrillero cristiano, sacrificó sus provisiones y las entregó a sus compañeros para evitar que murieran tan insulsamente. Esa actitud de solidaridad terminó por costarle la vida. Un día lo venció el cansancio y se echó a la orilla de un río donde murió de hambre. Su diario tenía cartas, poesías y reflexiones sobre la necesidad de terminar con las tremendas diferencias existentes en la sociedad boliviana que sacudieron la conciencia de su generación.

Tres meses después en el periódico conservador El Diario - que fue tomado transitoriamente por sus trabajadores se publicaba un ensayo firmado por Jaime Paz Zamora, defendiendo la opción de los cristianos en la lucha por una sociedad socialista.

Sorprendentemente objetivo pese al impacto que debió tener para él la muerte de su hermano, Paz Zamora analizaba desde la óptica marxista las coincidencias que existían entre marxistas y cristianos.

«El amor dialéctico en un contexto de conducción científica de los procesos sociales dará nacimiento a nuevas visiones de la sociedad y del universo en donde emanarán naturalmente comportamientos y posiciones distintos de la persona ante la familia, el trabajo, la política y ante la nueva sociedad colectivista en general...», sostenía.

Ese distanciamiento táctico de la guerrilla marcaba la diferencia de opciones no sólo entre los miembros de una familia sino también entre las dos vertientes en que se dividió esa generación. La primera, impaciente por actuar que se fue a Teoponte; la otra, más cerebral, sin descartar la vía armada, confiaba en la posibilidad de reeditar aquella nostálgica insurrección popular que protagonizó el pueblo boliviano el 9 de abril de 1952 a través de la construcción de un gran partido de masas que se diferenciara, eso sí, del MNR, al que se acusaba de haber traicionado las expectativas del pueblo de Bolivia.

La Asamblea Popular

La guerrilla de Teoponte fue diezmada y no logró su objetivo de convertirse en un catalizador de la insurrección armada, pero tuvo serias consecuencias para el gobierno.

La inquietud en los sectores militares era creciente y concluyó en un amago de golpe que fue neutralizado por una movilización obrera. El general Alfredo Ovando se creyó derrocado y optó por el asilo. En medio de la confusión se hizo cargo de la Presidencia el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, general Juan José Torres que había sido jefe de Estado Mayor cuando la guerrilla del Che. Bajo la influencia de la Central Obrera Boliviana y de los políticos que lo rodeaban su gobierno se radicalizó y asumió un carácter populista.

El pueblo ganó las calles y por doquier explotaron las ansias revolucionarias reprimidas. En Bolivia se vivía el éxtasis, por no decir la paranoia de la izquierda. Con Allende en Chile, el montonerismo insurgente en la Argentina y el general Velasco Alvarado en el Perú, estaban dadas las condiciones para que afloraran fenómenos como el de la Asamblea Popular, una suerte de soviét supremo que hacía las veces de congreso, sesionaba en el Palacio Legislativo y congregaba a todas las fuerzas sociales así como a los partidos que habían aceptado la tesis socialista de la COB. Hasta la Iglesia católica, sacudida por lo ocurrido con Néstor Paz Zamora, anunció a través del cardenal Clemente Maurer que se liberaría de sus pertenencias en favor de los pobres.

En la Asamblea Popular se hacía notorio el enfrentamiento entre la llamada «izquierda infantil» con fuerte influencia universitaria y varios partidos en germen con la tesis gradualista que propugnaba la COB.

Se funda el MIR

La dirigencia universitaria hacía gala de un gran verbo revolucionario pero chocaba ostensiblemente con los delegados obreros y campesinos que aparecían anticuados y conservadores ante el embate de los pichones de revolucionarios.

Jaime Paz participa de la euforia asambleísta como parte del núcleo de «marxistas independientes» que participó en la primera fundación del Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR) que se nutre principalmente de ex miembros de la Juventud del Partido Demócrata Cristiano Revolucionario, entre los que sobresalen

Jorge Ríos Dalenz y Antonio Aranibar y del grupo Espartaco (compuesto por jóvenes militantes desengañados del MNR, entre los que figuran René Zavaleta y Pablo Ramos).

Sorprende que con los antecedentes de seminarista, Paz Zamora aparezca como un marxista, pero así fue. Sus allegados atribuyen ese giro a la fuerte influencia que ejercieron sobre él su tío Oscar Zamora y su esposa, la enfermera española Carmen Pereira a la que conoció en Lovaina cuando era militante radicalizada del PC español. Pese a estar separados desde hace muchos años ambos mantienen una entrañable amistad y como dirigente del MIR, ella ocupa actualmente el cargo de asesora política de la Presidencia.

Al justificar su aparición en la escena política, el MIR admitía que estaba claramente influido por la guerrilla del Che y la de Teoponte.

«Si bien el MIR, en tanto que organización política, es posterior a estos acontecimientos y por lo tanto no tuvo ninguna participación en los mismos, sin lugar a dudas que fue marcado por ellos. Y esto por la sencilla razón de que estos movimientos guerrilleros impactaron de manera particular en la juventud, tanto obrera como universitaria y estudiantil, que es precisamente la base social de donde la idea mirista empieza a surgir», decía en una entrevista con Presencia Antonio Aranibar.

Las nuevas generaciones políticas que abrazan el socialismo sostienen que las masas han superado, para siempre, la etapa del nacionalismo revolucionario.

El golpe de Banzer

El sueño duró apenas nueve meses en los cuales en lugar de gestarse las bases para una sociedad socialista se engendró su antítesis: los partidos tradicionales, entre ellos el MNR y la Falange Socialista Boliviana que habían sido acérrimos enemigos durante 12 años se unieron con sectores castrenses y empresariales para derrocar a Torres.

El cruento golpe de Estado empezó en Santa Cruz el 21 de agosto de 1971 y en dos días logró consolidar su victoria en La Paz.

Jaime Paz Zamora tomó por primera vez un fusil en sus manos y salió a las calles a defender al gobierno de Torres junto a Antonio Aranibar, con quien compartió la

clandestinidad y refundó formalmente dos semanas más tarde el MIR. En los combates y enfrentamientos murieron decenas de personas humildes mientras que cientos de políticos, intelectuales, dirigentes sindicales y periodistas buscaron asilo en las embajadas dando inicio a una diáspora que se prolongó por siete años.

Paz Zamora salió del país y retornó para trabajar junto a la dirección clandestina del MIR hasta 1974, cuando fue detenido y escapó de las celdas de la policía política gracias al desconcierto que produjo un fracasado alzamiento de la oficialidad joven encabezada por el entonces coronel Gary Prado.

Siguieron varios años en largos periplos por Venezuela, Panamá, Cuba y Europa. La figura de su hermano Néstor, que había impactado en la izquierda internacional, le abrió muchas puertas tanto para él como para su partido. Fue un huésped privilegiado de Fidel Castro, Carlos Andrés Pérez y Omar Torrijos. A través de estos últimos el MIR fue reclutado por la socialdemocracia internacional.

Los miristas introdujeron en la política un liderazgo horizontal a través de una troika que se hizo famosa: Oscar Eid, Antonio Aranibar y Jaime Paz. Decían que, de esa manera, terminarían con el caudillismo que había signado la política boliviana. Los dos primeros se consideraban los estrategas del partido y Jaime Paz el ideólogo.

Fue durante el exilio que, influido por sus contactos internacionales, el MIR decidió que debía superar sus orígenes universitarios y borrar la imagen foquista que sus adversarios le asignaban y que parecía ratificares con la tendencia de sus homólogos en Chile y el Perú.

En la que podría considerarse la primera exhibición del pragmatismo que luego marcaría el estilo de este partido, ideó la tesis del «entronque» que le permitió superar su antagonismo visceral con el nacionalismo revolucionario y con la llamada izquierda «marginal» (como calificaba al resto de los partidos marxistas). A través del Pacto de Caracas decidió aliarse con el ala izquierda del MNR (MNR de Izquierda) que lideraba Hernán Siles Zuazo.

Nace la UDP

Años después Paz Zamora confesaría que el MIR se alió con el MNR porque consideraba que era la única vía para llegar al campesinado y con el PC para tener acceso a las direcciones obreras que controlaban los comunistas. La influencia de la so-

cialdemocracia hizo que, muy pronto, un partido considerado como neoguerrillero se camuflara bajo el manto democrático apaciguando sus reivindicaciones socialistas y atenuando sus críticas al nacionalismo revolucionario y a la «otra» izquierda.

La Unidad Democrática Popular es concebida por la dirección del MIR como un instrumento intermedio para conformar un bloque opositor al régimen del general Hugo Banzer Suárez al tiempo que posibilitaba a las nuevas generaciones políticas aprovechar el potencial popular de otros partidos.

Gente próxima a la UDP considera que Paz Zamora fue el artífice de ese pacto que marcó un distanciamiento con su vertiente socialista.

La idea, en todo caso, fue exitosa puesto que el «Frente de la Unidad Democrática y Popular» ganó las elecciones de 1979 y 1980 por mayoría relativa.

El MIR libró una batalla para hacer que Jaime Paz Zamora fuera candidato vicepresidencial en una fórmula que encabezó Siles Zuazo.

¿Cuáles fueron las razones para que se lo eligiera a él y no a otros miembros de la troika? Luego de un análisis de las condiciones de cada uno los miristas, sus compañeros reconocieron que Jaime Paz tenía carisma y además su procedencia era difícil de identificar. Nacido en Cochabamba, educado en Sucre y de familia tarijeña, era ideal para proyectarse como una figura nacional. Aficionado a la guitarra, a cantar y a la «cueca» - baile típico que sirve para medir las cualidades de un político - Paz Zamora tenía además un indudable atractivo físico. Aunque luego les preocuparía su falta de organización, los miristas admitían que tenía una personalidad cálida y cualidades de líder: era capaz de pasarse horas conversando o convenciendo a alguien sin medir su tiempo. En suma, era la «víctima» ideal para la candidatura.

El retorno triunfal

El MIR admitía con orgullo que esta coalición de izquierda que había logrado la primera mayoría era obra de un paciente trabajo en el exilio; pero sus dirigentes se asustaron cuando sintieron que se aproximaban, más pronto de lo esperado, a las fruiciones del poder.

La realidad y las urnas habían reemplazado a la insurrección armada que acariciaban en la universidad y el clima político que rigiera cuando el general Torres, había

cambiado radicalmente en Bolivia. Como consecuencia de los siete años de receso político, la efervescencia había sido reemplazada por la sensación de estabilidad que provenía del relativo bienestar económico del que gozaban las capas medias y los asalariados. En los siete años del gobierno de Banzer fluyeron a Bolivia millones de dólares a través de créditos provenientes de la banca internacional y de mayores ingresos originados en el alza de las cotizaciones del estaño y el petróleo en el mercado internacional.

Pese a esa pasajera bonanza, Banzer - que fue implacable en su persecución a la izquierda pero se suavizó en sus últimos cuatro años al punto de que su gobierno fue calificado como «dictablanda» - se había desgastado. Así pudo comprobarlo cuando verdaderas multitudes llenaran las plazas del país y luego dieran su voto a la izquierda. La troika mirista no ocultaba su satisfacción por el éxito de su criatura política. La UDP conciliaba el fervor del pueblo y la preocupación de la derecha.

El atentado

En junio de 1980, cuando emprendía una gira de proselitismo junto a otros dirigentes de la UDP, el avión en el que volaba Jaime Paz Zamora fue objeto de un atentado del que salvó milagrosamente la vida. La nave se incendió y cayó en el altiplano pereciendo todos sus ocupantes con excepción de él que logró salir envuelto en llamas con tanta suerte que un campesino que estaba cerca se aproximó, lo cubrió con su poncho y logró apagar el fuego.

Ese accidente está presente en las cicatrices que cubren el rostro y las manos del actual Presidente boliviano, que fueron reconstruidos mediante una delicada cirugía estética en el Hospital del Quemado en Washington. Quienes lo conocen de cerca señalan que el impacto psicológico de ese momento marcó definitivamente su carrera política. Su milagrosa supervivencia lo convenció de que estaba predestinado para un destino superior. El sufrimiento cambió su actitud ante la vida. Un signo evidente fue la recuperación de aquella mística que lo impulsó a seguir la carrera religiosa. Sus veleidades marxistas pasaron a un segundo plano y experimentó un renacimiento de su fe en Dios que lo marcaría profundamente a partir de entonces.

Estaba aún hospitalizado cuando el general Luis García Meza interrumpió el proceso democrático e instauró en Bolivia un régimen represivo. Tanto Siles Zuazo como los demás dirigentes del MIR y de la UDP tuvieron que emprender, nuevamente, el camino del exilio. Durante la toma de la sede de la COB los paramilitares

victimaron al líder socialista Marcelo Quiroga Santa Cruz que desafiaba, desde la izquierda, la teoría del entronque construida por el MIR.

Las circunstancias distanciaron a Paz Zamora de Siles Zuazo, que residía en Lima. Apenas fue dado de alta por sus médicos, inició una gira por varios países latinoamericanos y europeos que lo recibieron con los honores de un vicepresidente electo.

En el año que siguió a la renuncia de García Meza y su reemplazo por el general Torrelío, primero, y luego por el general Vildoso, los miembros de la troika mirista, Paz Zamora, Aranibar y Eid decidieron olvidarse de la UDP y de su triunfo electoral y se mostraron proclives a una solución militar-progresista que convocara a nuevas elecciones.

Esta vez el pragmatismo del MIR se reflejaba en su acomodo a las nuevas circunstancias y en la forma como juega, por primera vez, la carta militar demostrando que sigue, paso a paso, la escuela que dejara el Movimiento Nacionalista Revolucionario.

Queda claro que a nadie se le pasaba por la mente que la historia pudiera echar marcha atrás. Pero Bolivia es una especie de Macondo político y eso fue exactamente lo que sucedió.

La historia retrocede

En La Paz tanto la embajada norteamericana como la empresa privada buscaban afanosamente una salida al problema político. En algunos sectores se comenzó a manejar una idea que parecía descabellada pero que fue ganando consenso. Esta consistía en hacer que se instalara el congreso elegido en 1980 para que confirmara la victoria de la UDP.

Pese al atractivo que ofrecía la solución, Siles Zuazo, como avezado político, se resistió a dar ese paso y dijo que sólo aceptaría una presidencia que surgiera de un nuevo proceso electoral. Pero su joven compañero de fórmula, Jaime Paz Zamora cogió la propuesta al vuelo y conminó a Siles a retornar a La Paz para hacerse cargo del gobierno. «No le tenemos miedo a la crisis, aceptamos el gobierno», dijo ante una masiva concentración en la Plaza San Francisco.

Así se hizo. El congreso del 80 se reunió en 1982, eligió a Siles Zuazo y Paz Zamora como presidente y vicepresidente de Bolivia y ambos fueron posesionados en medio de gran expectativa nacional e internacional, con los votos de la mayoría opositora que dominaba el congreso.

El gran frente de masas que había hecho posible la victoria electoral dos años antes se había hecho pedazos. Las relaciones entre el Presidente y sus aliados del MIR se habían enfriado ostensiblemente y la estabilidad del gobierno aparecía precariamente soldada. El congreso estaba dominado por el MNR liderizado por Víctor Paz Estenssoro y la Acción Democrática Nacionalista de Hugo Banzer que había sido creada en 1979. Al retiro de Siles Zuazo tres años después - luego que se viera obligado a acortar su mandato a pedido de la COB, los partidos y bajo la mediación de la Iglesia - estas dos fuerzas conformaron el Pacto por la Democracia. Por segunda vez en una década Paz Estenssoro y Banzer Suárez aparecían aliados frente a la izquierda.

Paz Zamora aprovechó todos los mecanismos que la vicepresidencia puso a su alcance para organizar su partido con carácter nacional y para liberarse de la troika mirista. Poco a poco se distanció de Siles Zuazo tanto en las funciones de gobierno como en el plano político y empezó a mostrar aprestos de pequeño caudillo.

Esa fue la segunda vez que logró sobrevivir a una catástrofe. Los partidos y dirigentes que estuvieron con Siles hasta el final hoy son cadáveres políticos, mientras que aquellos que siguieron a Paz Zamora siguen en la carrera y hoy disfrutan del poder.

Golpe de gracia a la izquierda

El paso de la UDP por el gobierno fue catastrófico y mostró la poca experiencia de los miristas en la función pública. El ministro de Finanzas se estrenó como profesional en esa cartera con tan mal tino que para aumentar las reservas monetaristas decretó la desdolarización de la moneda frente al dólar. La medida afectó a los ahorristas medianos y pequeños que hasta hoy reclaman por el dinero que se les esfumó.

La situación económica mundial había cambiado desde 1980. La recesión unida al problema de la deuda externa hizo crisis y todo el apoyo que se había ofrecido al régimen de la UDP quedó en nada.

Siles Zuazo, que tenía el complejo de haber frenado la revolución del 52 al presidir un gobierno que puso en práctica un plan de estabilización económica, se vio de pronto enfrentado a una crisis similar que se arrastraba desde 1978 y que se había agravado con el bloqueo al que fue sometido el régimen de García Meza.

Los sindicatos querían saborear los frutos de la democracia y presionaban al gobierno por mejores salarios. La inflación que estaba agazapada se desató hasta convertirse en la séptima más grande de la historia de la humanidad y alcanzó un récord del 24.000 por ciento anual.

El MIR y Paz Zamora se distancian cada día más del gobierno udepista y se preparan a soltar definitivamente sus amarras para actuar independientemente. El pragmatismo a ultranza de que hace gala Paz Zamora choca con los reparos éticos que le oponen sus compañeros de partido que están dispuestos a instrumentalizar la política pero no a hipotecar sus ideales. El MIR se quiebra en tres pedazos. Paz Zamora y Oscar Eid se quedan con la sigla del MIR.

Araníbar y los intelectuales «más puros» de este partido forman el Movimiento Bolivia Libre (MBL) y acusan a Paz Zamora de haber traicionado los principios miristas. Se llevan a la mayoría de dirigentes además de la ayuda internacional canalizada por medio de varias ONGs. Un grupo más radicalizado que conduce el ex dirigente fabril Walter Delgadillo forma el MIR-Masas.

Pero el olfato político de Paz Zamora demuestra estar más aguzado que el de sus exconmitones. Sale tercero en las elecciones de 1985 y, cada vez más apegado a la social democracia, se distancia de la izquierda y asume una posición centrista. Logra sacar los votos suficientes como para ungir a Paz Estenssoro en la Presidencia pero no acepta un cogobierno. Su brigada parlamentaria realiza una «oposición constructiva» al gobierno e incluso aprueba muchas de las medidas de corte neoliberal que, éste propone al Congreso.

Sin esa «evolución» que lo hace potable a la empresa privada - en la que ya cuenta con cuadros jóvenes -, a los Estados Unidos, el FMI e incluso a la ADN, sería impensable su paso hacia la Presidencia.

Mientras tanto, el MBL de Araníbar mantiene las viejas banderas fundacionales del MIR con poco éxito. El fracaso del régimen de la UDP ha dejado a la izquierda totalmente desguarnecida. Ni siquiera las duras medidas de relocalización de 27.000 mineros que dicta Paz Estenssoro logran cambiar la situación. A este retroceso se

agregará luego la caída de los paradigmas socialistas en Europa oriental y la Unión Soviética y la falta de recursos para participar en las costosas campañas televisivas donde se desarrolla buena parte de la acción proselitista electoral.

Así, mientras el núcleo de sobrevivientes de la utopía socialista se esfuerza por sobrevivir a la ola neo-liberal, Jaime Paz Zamora se acomoda sin ningún problema en el nuevo escenario.

En 1989 la fórmula del MIR que él encabeza vuelve a sacar el tercer lugar en las elecciones generales y Oscar Eid concibe la teoría del triple empate que se basa en que, al no haber ningún candidato que hubiera logrado una mayoría absoluta, el Congreso debe elegir al Presidente y vice-presidente entre los tres candidatos más votados. Los dos primeros son Gonzalo Sánchez de Lozada del MNR y el general Hugo Banzer Suárez de la ADN, el tercero, Jaime Paz Zamora.

El Pacto por la Democracia que aseguró la estabilidad del gobierno de Paz Estenssoro habría de sucumbir, pues el compromiso de apoyar a Banzer en las elecciones sería quebrado unilateralmente por Sánchez de Lozada. La derecha quedaría profundamente dividida.

Ante este panorama, el MIR, cada vez más al centro, insiste en que constitucionalmente Paz Zamora tiene el mismo derecho a optar a la presidencia que los otros dos candidatos. A medida que se agudiza el enfrentamiento entre el MNR y la ADN, el MIR es coqueteado por Sánchez de Lozada y por Banzer, que le piden sus votos.

El estado mayor mirista dice que aceptará todos los apoyos que se le quieran dar pero que no dará sus votos a los otros candidatos. Luego de varios días de forcejeo sucede lo imprevisible: Paz Zamora es proclamado Presidente con los votos de su antiguo adversario el general Hugo Banzer Suárez, quien en la década del 70 desatara la más sañuda persecución contra el MIR. De esa manera Banzer le cobra a Sánchez de Lozada «el incumplimiento de la palabra empeñada».

De este modo, luego de 20 años de terca presencia en el escenario político boliviano, Paz Zamora resulta elegido Presidente de la República y el MIR logra colarse en el viejo «establishment» que parecía vedado para su generación. Todo esto al precio de abjurar de sus viejos principios y hacer gala de un agresivo pragmatismo.

Al cumplirse los 20 años de la fundación del que fuera un romántico partido universitario, Eid se encargó de responder a la interrogante que muchos se hacían sobre la ideología del nuevo MIR cuando lo definió como «una identidad en formación» para luego aclarar que «en su primera fase se autodenominó de izquierda».

El discurso mirista que se apoyaba en la «necesidad histórica de construir una vanguardia que canalice la lucha revolucionaria» fue derribado mucho antes que el Muro de Berlín en Alemania.

En los últimos años Paz Zamora se aproximó ostensiblemente a su tío, el cuatro veces presidente Víctor Paz Estenssoro, y mantuvo la influencia permanente de su otro tío y actual ministro de Trabajo en su gabinete, Oscar Zamora Medinacelli.

Por antonomasia el MIR terminó pareciéndose al MNR, el partido que con sus veleidades le diera la razón de ser a una generación que intentó construir algo distinto y terminó reproduciendo lo que tanto criticó.

Cuando le falta escaso año y medio para terminar su mandato, Paz Zamora no esconde que piensa participar en las elecciones de 1997 luego de un descanso necesario (¿o táctico?).

Inmerso de lleno en la lid política a la que se ha entregado con el sacrificio de su vida personal, aquel joven seminarista que un día dejó los hábitos dispuesto a cambiar el mundo, no imaginó que el mundo lo cambiaría a él.